

Cuarto de siglo

Autora

Etna Miró Escobar

Primer Premio

Categoría A • 14-18 AÑOS

2018

Autora

Etna Miró Escobar

Lleida, 2001

Actualmente cursa tercero de Estudios Literarios en la Universidad de Barcelona. Ha sido galardonada en los últimos años con numerosos premios literarios, tanto en castellano como en catalán, entre los que destacan el XLV Certamen Literario María Agustina de Lorca, accésit del III Certamen Joven de relatos cortos Tigre Juan, XXIX Premio Luis Landero, XVIII Concurso de Cuentos Noble Villa de Portugaleta, además de ser de ser primera finalista del Premio Jordi Sierra i Fabra 2017. Ha sido fundadora del grupo Joves Lectors Catalans, fue miembro del grupo de fomento de literatura juvenil de la Biblioteca Pública de Lleida (Pòker de llibres), institución con la que sigue colaborando, y publica regularmente en la revista Liberoamérica algunos de sus relatos, además de mantener activo su blog personal. En 2020, uno de sus relatos, Reina del miedo, fue incluido en la antología de jóvenes escritores Luciérnagas, publicada por Cometa Editorial. <http://etnamiro.blogspot.com/>.

CUARTO DE SIGLO

Etna Miró Escobar

Solo el lento laminar del transcurso del tiempo había relegado al olvido la posibilidad de pasar juntos, otro verano, en aquella casa, de volver a contemplar, de nuevo, desde Peña Cabarga, la bahía que les vio crecer.

Las llamadas de Eloísa obtuvieron, pues, sendos e inmediatos síes por parte de ambos invitados.

Los tres guardaban aún, en un grato lugar de su memoria, aquel otro estío que habían compartido, iba ya para un septenio, la víspera de tomar destinos separados, en esa misma casa que ahora, bajo la venia del pico Llen, volverían a ocupar. Acababan entonces de cumplir los dieciocho años y el mundo se abría, en flor, a sus sueños, a sus inquietudes, a sus ambiciones. Las azucaradas horas de aquel veraneo mantenían un entrañable y delicioso recuerdo en sus mentes, con su lánguido discurrir secando sus cuerpos al sobrio sol del Atlántico, con sus interminables partidas a las cartas —a veces, sin hacer trampas; otras, haciéndolas—, con aquella prodigiosa noche del 12 de agosto, dedicada a vivir, en común, desde las Dunas de Lien cres, la espectacular lluvia de las perseidas con la que, cada año, San Lorenzo parece querer empapar de lágrimas el mundo;

sumergidos, en fin, durante unas semanas de delicado asueto, en una existencia libre de todo deber convencional, de toda preocupación. Hoy, siete años después, sentados, de nuevo, en las mismas sillas de mimbre, parecen, todavía, resonar, en la casa, aquellas exclamaciones indignadas de Eloísa —«¡No se puede jugar con vosotros!» «¡Ese as de corazones no lo tenías!»—, si no los vítores, salpicados de remordimientos, de Héctor—«¡He ganado!»», «Bueno, es cierto que esa carta no estaba en mi mano...»—, o los vanos intentos de concordia de Jules —«Vamos, es solo un juego, ¡tranquilidad!»—. Todo ello se desvaneció con el fin de aquellas vacaciones, de aquel último oasis en el que, por las noches, tras toda una jornada de libérrimo non far niente, competían por explicar el peor chiste de la historia mientras la luz de las estrellas, recortadas en el firmamento, cual farolillos de fiesta, inspiraba sus decires.

Sí, siete años después, de común acuerdo, los tres habían regresado a aquel reconfortante porche donde, un día, sus corazones adolescentes se abrieron de par en par. Mantenían, sin embargo, al presente, un silencio incómodo. Quizás pensaban lo mismo o tal vez no era eso, sino todo lo contrario. Fuera como fuere, la misma noche que otrora pareciera instigar sus dicharacheras conversaciones parecía llamarles hoy a la reflexión.

Dispersos, como semillas al viento, por diferentes capitales —los nombres de algunas de las cuales sonaban más a atlas que a cercanía—, habían intercambiado mensajes e incluso sostenido algún que otro episódico encuentro relámpago, a dos, sin hallar, antes, la oportunidad de emular, en común, aquel verano, ya idílico, de sus dieciocho. Librados al mundo adulto, determinados a cumplir sus anhelos, habían corrido sin detenerse a tomar aliento; habían luchado, sin tregua, por las migajas de felicidad que caían de la mesa del destino. Y habían cambiado; sobre todo, habían cambiado; ellos mismos lo percibían a medio camino entre la sorpresa y la incredulidad.

La casa de veraneo de los padres de Eloísa seguía, empero, igual; el tiempo parecía no haber pasado para ella. El mismo sofá crema, de

tela isabela, continuaba señoreando la sala, con permiso de la vecina mesa ovalada, relegada a la ingrata tarea de servir al anterior de silente escolta. Nada había variado un ápice, ni, tan siquiera, el color blanco de las paredes, que continuaba luciendo níveo, impoluto. Diríase que, de aguzar la vista, entre los postigos de las ventanas, les sería dable ver los fotogramas de las jornadas vividas allí...

Eloísa y su sonrisa amplia; abierta como las vidrieras de un onírico palacio de cristal que filtraran una luz natural y etérea, oscilante al vaivén de las ramas de los pinos y eucaliptos que sembraban las laderas cercanas...

Héctor y sus muecas burlonas; esperpénticas como los chistes abigarrados de los maquillados cómicos de los felices años veinte...

Jules y su sutil mirada; hábil como la del perfecto anfitrión capaz de dar la más cálida de las bienvenidas al invitado más inesperado...

Tres adolescentes en una casa vacía, sabedores de que, más allá del umbral de aquellos días, terminaba la dulzura de su tiempo de cerezas. Así se les deslizaron entre los dedos, cual agua que se pretende retener con las manos, las jornadas de aquel verano. Tres adolescentes concienciados de que no podían hacer nada más que saltar adelante en sus vidas sin pensar por más tiempo a dónde; entregados a reírse de todo lo establecido, a compartir sus perspectivas, escurridizas e inciertas, mientras apuraban el último sorbo de libertad. Sí, por entonces, Héctor, Eloísa y Jules aún trataban de amoldar el devenir a sus afanes.

Mas el futuro no tardó en enseñar sus cartas. La sensación de fracaso llegó con el enésimo rechazo de los poemas de Eloísa por las editoriales, con la enésima empresa auditora que no renovó el contrato a Jules, con el enésimo laboratorio que consideró «inviabile» el proyecto de experimentación genómica de Héctor. Y el golpe yermó su alegría, domeñó su ímpetu de potrillos salvajes, entibió su intrepidez. Habían topado con el muro de una sociedad que, hasta entonces, habían percibido como suya, pero de la que, a lo mejor —insidiosa, la idea anidó en sus mentes— jamás habían sido otra cosa que títeres.

—¿Queréis algo de beber? —pregunta Eloísa, servicial.

—No, yo estoy bien.

—Sí, una cerveza para mí —pide Jules.

La muchacha entra en la casa a buscar la bebida con la pereza estival derramándose por las puntas de su media melena negra.

—Le he comprado un detalle hoy, cuando hemos bajado a Santander. Mientras estabais en aquella tienda de vinilos de la calle Santa Lucía...—susurra Jules aprovechando que la joven sigue en la cocina.

—¿Y eso?

—¡Héctor! No me digas que no te da pena Eloísa. No sonríe ni una cuarta parte de lo que lo hacía. Parece muy retraída, fíjate en sus comentarios. Son impenitentemente pesimistas. ¿Que ya no te acuerdas de cómo era? ¿De cómo siempre nos hablaba, entusiasmada, de Celaya? Mi regalo la animará —le confía Jules.

—Si tú lo dices... ¿y qué es?

—¡Pues qué va a ser! Un cuadro contemporáneo, vanguardista. Una de esas cosas raras que a ella seguro que le siguen gustando e inspirando. Prepárate para volver a oír a Celaya...

—Probablemente tienes razón, pero si vuelve —bromea Héctor— con lo de los Cantos Íberos..., quizás podrías habértelo ahorrado...

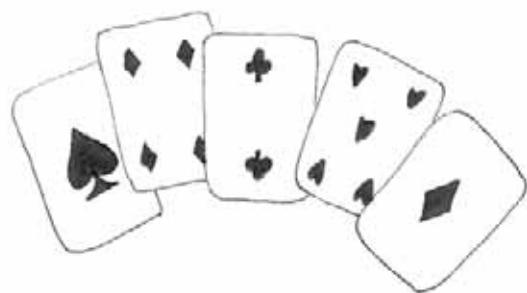
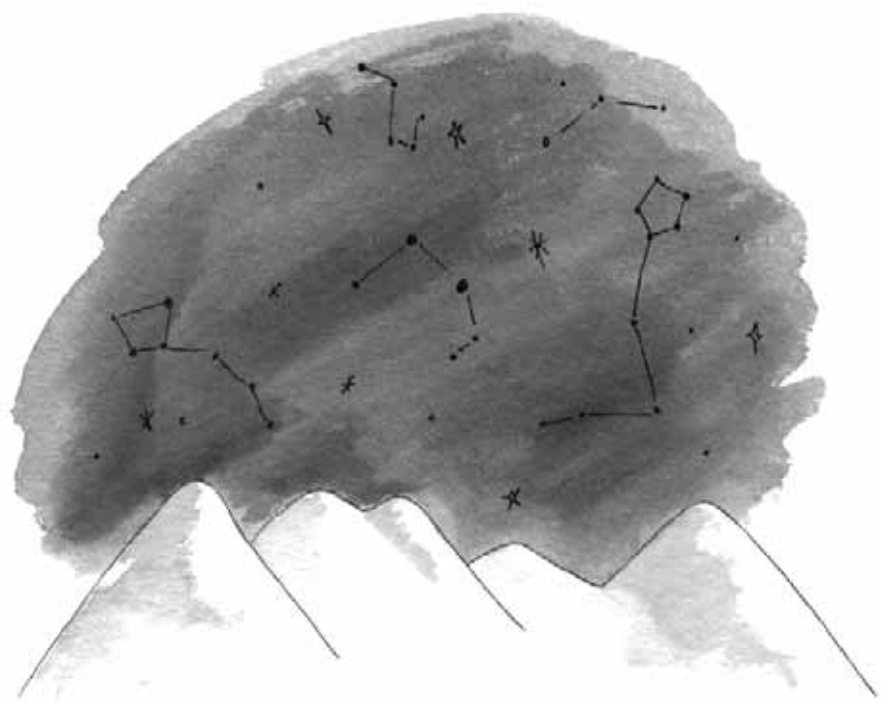
Jules suelta una risotada. Recuerda que no había habido, en aquel verano, ningún chapuzón del que Eloísa no emergiera recitando versos de Cantos Íberos. En ese momento, reaparece ella llevando consigo dos cervezas.

—¿Qué estáis tramando? —inquire, enarcando las cejas mientras los señala con un dedo acusador e irónico.

—Cómo animarte.

—No estoy desanimada. Estoy bien —se hace una pausa que acaba por romper la misma Eloísa—. Excepto por el hecho de que a nadie le gusta lo que escribo y de que, muy posiblemente, deberé dedicarme a cualquier cosa ajena a la poesía, estoy bien. Perfectamente bien —recalca.

—No digas eso. A Celaya le encantaría tu obra —exclama Jules con la mejor de las intenciones.



—Pero Celaya está muerto —mete, sin querer, la pata Héctor.

Jules le dirige una severa mirada reprobadora, mas Eloísa solo tiene para Héctor unos ojos llenos de abatimiento.

—Héctor tiene razón, Jules. Celaya está muerto. Todos los grandes han muerto. Siempre he querido ser alguien que ayudara a cargar de futuro el arma de la poesía, pero parece que nadie esté hoy por la labor.

Jules se escabulle, sin dar pie a más reflexiones existenciales, y regresa, al poco, de su habitación, provisto de una voluminosa bolsa blanca de plástico. Antes de que Eloísa pueda reaccionar, le tiende el paquete rectangular que extrae de su interior:

—Es un regalo para ti. Para que te inspires y te animes.

Ella, con gesto al alimón chocado y agradecido, abre el obsequio.

—Gracias, es un lienzo precioso, pero... ¿dónde está el cuadro? —acierta a decir desconcertada.

—El cuadro es eso mismo que tienes entre las manos, Eloísa; o sea, nada. La nada es arte.

—Jules, una cosa es regalar un cuadro a Eloísa y otra, muy distinta, hacer que lo pinte —interviene, con su sorna característica, Héctor.

—A ver... La obra es justamente lo blanco. ¿Acaso no percibís que la ausencia de sentido es el sentido mismo del mensaje?

Durante un breve lapso de tiempo, Eloísa y Héctor comparten su turbación.

—Pues a mí me parece realista —insiste Jules—. De acuerdo, es un lienzo en blanco, pero después de que, tras felicitar me por mi trabajo, me anunciaran que «prescindían de mis servicios», todo me parece vacío...

—¿Os acordáis de que os dije —añade Héctor— que tenía esperanzas en aquel laboratorio? Pues acabaron concluyendo que mi proyecto era «inviabile». Y, otra vez a mendigar fondos para sobrevivir... ¿Hasta cuándo tendré que sablear a mis padres?

Los tres sostienen el cuadro y, por un momento, soñando despiertos, ven plasmadas, en esa tela intacta, sus aspiraciones de

inocente adolescencia. Tantas promesas lanzadas a los cuatro vientos, tantas ganas de comerse el mundo, tantos planes concebidos... ¿A dónde han ido a parar?, ¿para qué han servido? Se sienten extraños en su propia piel. En su verano de los dieciocho, prometieron no lamentarse si las cosas iban mal, mas, hoy, en su verano de los veinticinco, degustado ya el mundo de los adultos, se hallan asombrados de los sinsabores cosechados.

—¿Guardáis tan buen recuerdo como yo del verano que pasamos aquí? —les lee el pensamiento Eloísa.

—Yo sí. Cuando estudiaba en Hamburgo, tenía, en el escritorio del ordenador, una fotografía de aquel verano. Aquella vista, impresionante, de los Picos de Europa que tomamos desde la Cámara Oscura. Añoraba los Picos, el Sardinero, y este porche..., y a vosotros.

—Yo también. Pero ¿sabéis qué pienso?... Que siempre nos quedará este lugar cuando el mundo se nos haga demasiado feroz. Cualquier verano, como este, podremos volver aquí y regresar a nuestros dieciocho años —tercia Héctor, con aplomo, por una vez hablando en serio.

Obedeciendo a un mismo impulso, los tres alzan, entonces, al unísono, la mirada hacia las cimas del Ándara, que, a lo lejos, les observan, imperturbables. Inmóviles e impertérritas, sus rocas, su río, su lago; sus seculares encinas, hayas y robles les dicen que ya estaban allí mucho antes de que los tres nacieran, que han seguido estándolo en su ausencia y que seguirán en su lugar mucho después de que ellos dejen de verlos.

¡Ojalá conocieran las respuestas! —piensan ahora, al unísono, los amigos—. Ojalá —los tres evocan— pudieran volver atrás y, por encima del tiempo, abrazar, siquiera por última vez, a aquellos jóvenes deseosos de salir del caparazón. Ojalá, al menos —hallan consuelo—, puedan vivir juntos nuevos veranos para recobrar fuerzas apoyándose en su restablecida amistad.

—«Quizás, cuando me muera, dirán: era un poeta. Y el mundo, siempre bello, brillará sin conciencia» —declama Eloísa.

—¡De Gabriel Celaya! —salta, de pronto, con triunfante sonrisa, Jules.

Y rompen la noche, a carcajadas, los tres. Eloísa toma un rotulador y, con su caligrafía, aún no desperezada del trazo infantil y rítmico de las sílabas, inscribe las palabras recitadas del gran poeta en la obra en blanco.

—¡Ahora sí que es arte de verdad! —asevera satisfecha.

Las cervezas han perdido su frescura, la misma que ellos han recuperado, y reina, soberano, el alborozo. Mientras el sol dice su adiós diario a las montañas, una vivificante brisa cantábrica penetra en la tierra y les sabe a esperanza de cuarto de siglo.